

GUILLERMO DE SAINT-THIERRY

**EXPOSICIÓN
SOBRE EL CANTAR
DE LOS CANTARES**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2013

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujo Eduardo Otero Pereira
sobre el original latino *Expositio in Canticum Cantorum*

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1852-6
Depósito legal: S. 433-2013
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN, de Eduardo Otero	9
--------------------------------------	---

EXPOSICIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

INTRODUCCIÓN	37
Invocación a la Trinidad	39
Prólogo	43
Propósito	43
Título	44
División	45
Género literario	46
Argumento	47
Los tres grados de la oración	49
PRIMER CANTO	59
Oración	61
Exordio	63
Exposición	69
El deseo del amor	69
La prueba purificadora	92
El canto nupcial	135
La consumación del amor	152
SEGUNDO CANTO	161
Oración	163
Exordio	167
Exposición	171
El deseo del amor	171
La prueba purificadora	188
El canto nupcial	197

PRESENTACIÓN

Eduardo Otero

La presente traducción de la *Expositio in Canticum Cantorum* pretende acercar al lector hispanohablante uno de los escritos más representativos de Guillermo de Saint-Thierry, abad benedictino, monje cisterciense de Signy y amigo de san Bernardo de Claraval.

Sin miedo a exagerar, podemos decir que este comentario constituye una de las obras cumbre no sólo de la espiritualidad cisterciense, sino también de la mística universal, precursora en algunos siglos del *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz. Gracias a los numerosos estudios dedicados a la figura y la obra de Guillermo de Saint-Thierry en los últimos tiempos, hoy somos conscientes de que nos encontramos ante un autor de una notable talla intelectual, comparable como mínimo a los grandes pensadores que pueblan las escuelas monásticas y catedralicias de su época, periodo de gran prosperidad intelectual al que se suele denominar «Renacimiento del siglo XII». También fruto de dicho interés por parte del mundo académico son las recientes ediciones fiables del texto latino, así como las traducciones a diferentes lenguas modernas, a las que, con la que aquí ofrecemos, viene a sumarse el español.

En la *Expositio*, Guillermo de Saint-Thierry propone a sus lectores un itinerario espiritual hacia Dios cuyo elemento central es el amor. Así, a través de las imágenes del amor terrenal que se encuentran en el Cantar de los cantares, presenta a la esposa que desea unirse a su amado. Esta joven doncella es el alma, que aspira a conocer íntimamente los

misterios de Dios y termina uniéndose a él en un beso de plenitud. El lector seguirá los progresos del alma expresados con las sugerentes imágenes que ofrece el texto bíblico. Guillermo consigue llevar a cabo en la *Expositio* una síntesis muy personal entre corrientes exegéticas anteriores, representadas en lengua latina por Ambrosio de Milán y Gregorio Magno, y en griego por Orígenes y Gregorio de Nisa, sin olvidar el platonismo de carácter agustiniano, tan vigente en su época, y el neoplatonismo inspirado por Plotino.

Esperamos que el lector de nuestros días no sólo disfrute de la sensualidad de las imágenes con que está entretejido el Cantar de los cantares, sino que también logre, siguiendo los pasos de la amada, acercarse a los misterios divinos y, como culminación de ese proceso, los deguste y goce de ellos.

LA ÉPOCA

El tiempo en que vivió Guillermo de Saint-Thierry está marcado por importantes cambios. En lo económico se constata una evolución en los sistemas productivos, que ya no se basan sólo en la agricultura, sino también en el comercio. Tal circunstancia impulsa un aumento demográfico y el surgimiento de grupos sociales, asentados en núcleos urbanos y relacionados con esa nueva economía, que causan cierta alteración en la estructura social. Esta nueva clase enriquecida y urbana demanda un tipo de cultura diferente.

Como consecuencia de estas transformaciones, asistimos a un proceso de cierta secularización. Ante este hecho, los religiosos reaccionan de manera crítica y surgen nuevas formas de monacato. Así, se constata el renacer de un eremitismo de carácter ascético que lleva al surgimiento de nuevas órdenes religiosas, algunas basadas en las reglas que les otorgan sus fundadores, como es el caso de san Bruno († 1101), fundador de la Cartuja, que combina la vida eremítica –estableciendo

que el monje pase la mayor parte de la jornada en su celda dedicado a la lectura, la oración y el trabajo manual— con la comunitaria —estableciendo que la comunidad se reúna en determinados momentos del día para rezar el oficio divino, que se celebra de manera austera y sencilla—.

Entre las órdenes que siguen la Regla de san Benito se producen divergencias a la hora de ponerla en práctica. Así, a la espiritualidad opulenta y grandiosa de Cluny se opone la del Císter, que surge también en esta época. En 1098 Roberto de Molesmes fundó la abadía de Cîteaux, en las proximidades de Dijon. Su tercer abad, Esteban Harding, envió a uno de sus monjes, de nombre Bernardo, a fundar el monasterio de Claraval, con el que se iniciaría una larga serie de abadías cistercienses. El surgimiento de esta orden supone un regreso a la fuente primordial del monacato benedictino, esto es, la Regla de san Benito. Principios fundamentales en la orden cisterciense eran el rechazo del mundo, la penitencia y el sacrificio individual. Estos elementos configuraban un itinerario espiritual que, partiendo de la toma de conciencia del propio pecado, se proponía alcanzar la contemplación del amor divino y recuperar para el hombre su condición de imagen de Dios. Los monjes cistercienses se asientan en lugares alejados de los núcleos urbanos, predicán la pobreza y rechazan cualquier beneficio señorial, trabajan ellos mismos en sus propios campos, su oficio divino es breve y sencillo, y sus iglesias prescindían de toda decoración superflua.

No debemos olvidar que también en estos años surgen órdenes religiosas de canónigos regulares. Es el caso de los premonstratenses, que tenían como finalidad la difusión del ideal apostólico a través de la predicación y de la asistencia espiritual. Por otro lado, eran muchos los laicos que se implicaban en la vida espiritual sin renunciar a su condición.

Por su parte, es manifiesta la capacidad que tenía el papado, cuya autoridad se había visto reforzada desde Grego-

rio VII, de movilizar a fieles tanto laicos como religiosos al servicio de sus propios fines. Claro ejemplo de ello es el llamamiento hecho por Urbano II en Clermont en 1095 para llevar a cabo la Primera Cruzada.

Pero el desarrollo económico de esta época no benefició al conjunto de la sociedad. De hecho, aparecieron nuevas formas de miseria. Ante tal circunstancia, mucha gente asumió la pobreza voluntaria como manera de protesta contra el lujo de las clases adineradas. Esta corriente llevó a la formación de grupos que perseguían un ideal de vida apostólica configurado por la pobreza, la predicación y la práctica de la caridad, que floreció en numerosas instituciones hospitalarias y de beneficencia.

La cultura, que hasta esta época había permanecido recluida en los monasterios, llega a las ciudades y a las escuelas catedralicias, al mismo tiempo que la enseñanza se enriquece con la lectura de nuevos autores. Si la época carolingia fue denominada *aetas virgiliana* por el protagonismo que se le otorgó a Virgilio en los planes de estudio, ahora predominan otros autores, entre los que destaca Ovidio, el poeta del amor mundano.

En parte gracias a Ovidio, el amor se convierte en un tema central de la literatura de la nueva sociedad. La literatura de los trovadores y el amor cortés aparecen en escena con gran ímpetu entre los nuevos grupos sociales, de mentalidad más secular. Pero el auge del poeta latino no agrada a los autores más moralistas, que reaccionan proponiendo otro tipo de amor, el amor a Dios. Así, el propio Guillermo de Saint-Thierry ataca duramente a Ovidio, sin nombrarlo, en su obra *De natura amoris*, y lo llega a calificar de *magister carnalis foeditatis*¹. El Cantar de los cantares le sirve como contrapeso a este predominio del amor mundano.

1. Guillermo de Saint-Thierry, *De natura amoris* 2.